



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

LAS RESPONSABILIDADES DE LUIS CABRERA

O EL QUE DEBE IRSE ES CARRANZA.

POR JOSÉ VASCONCELOS.

Con motivo de que el pueblo de nuestra República ha rechazado los “vales Cabrera”, temiendo, con razón, que se repitiera la historia de los bilimbiques Carranza, una buena parte de la prensa de la metrópoli se ha dedicado a censurar la labor del Ministro de Hacienda don Luis Cabrera.

Y a pesar de que los cargos que se hacen al improvisado hacendista son todo lo justo que es dado exigir, no podemos dejar de señalar una circunstancia morbosa en la actitud de quienes censuran. La campaña que se está haciendo contra Luis Cabrera nos recuerda demasiado aquellas comedias virulentas que puso de moda el reyismo, cuando no atreviéndose a atacar a don Porfirio, se ensañaba contra los ministros y los validos del tirano.

Se acusa, por ejemplo, a Cabrera, del engaño que el público sufrió con los bilimbiques; pero se olvida o se pretende olvidar que el bilimbique es creación original y exclusiva del Primer Jefe.

Se olvida que los primeros bilimbiques sumaban ya varios millones cuando el señor Cabrera se paseaba por Europa de incógnito, y fatigando a dia-

rio su agudísimo magín, con el cálculo de probabilidades que había de decidirle si se iba a Sonora con su excompañero del reyismo, Carranza, o se dirigía a México, para ponerse a merced de su compadre Urrutia, primer ministro de Su Excelencia el general Huerta.

Los bilimbiques habían corrido ya, a dos manos, cuando el señor Cabrera se resolvió a juntarse con la revolución; después de la batalla de Santa Rosa, después de la toma de Matamoros, después de la primera toma de Torreón, después... mas a qué seguir con los "despueses".

Después de todo, el señor Cabrera—sin retirar la cartita en que aconsejaba a los diputados renovadores que siguiesen apoyando a Huerta—, se presentó risueño y pálido en los campamentos de la revolución. Risueño de cinismo y pálido de desconfianza, por el temor de que la carta de marras o la leyenda de sus escondites y evasivas fuesen a ocasionarle un desaire.

Ya sea por la cartita al congreso huertista, o bien porque el Primer Jefe encontraba muy de su agrado humillar a todos los que se le presentaban inermes, lo cierto es que el muy listo de don Luis no halló muy fervorosa acogida en la patria de Pesqueira; y nos explicaba su fracaso con toda sinceridad y rajando sin embozo de Carranza. ¡Figúrense ustedes, nos decía, que yo aconsejé que se constituyese una reserva metálica para garantizar el papel emitido por la revolución, y el Primer Jefe no me hizo caso, sino que me contestó por boca de uno de sus estadistas escribientes, algún Acuña, o cosa por el estilo... ya, ya viene usted aquí con

sus ideas científicas"... "ustedes los ilustrados no saben lo que estamos haciendo..." "Ustedes no comprenden la revolución..."

Los sucesos, que suelen ser más crueles que los hombres, y vaya que esto es mucho decir, obligaron a Cabrera a morder sus despechos y a volver a juntarse con Carranza.

¿Y a dónde podía haber ido si el villismo lo rechazaba, y ya del destierro estaba harto, tan harto como puedo estarlo yo mismo, a pesar de que para él siempre ha habido abundancia de fondos?

Por la época de aquel retorno, huyó de la Tesorería General el ingeniero don Alberto Pani, según parece, porque tampoco quiso cargar con la satisfacción de ver su firma entre los grabados del bilimbique.

Pero el señor Carranza, que para ciertas cosas jamás vacila, encontró por fin el planta-firmas, el sello de hule que buscaba, en la persona de un pariente, que instaló como Tesorero de la Nación, y el señor Cabrera, que ya no estaba para hacer feos al caldo, se encargó de la secretaría de Hacienda, SIN CONDICIONES.

Ello no obstante, y a pesar del incondicionalismo jurado, cada vez que se expedía alguno de los decretos escandalosos sobre la nulidad de alguna emisión de bilimbiques, el señor Cabrera cuidaba de contestar a sus censores: que él no disponía, que él era nadie, que él no hacía otra cosa que rubricar las órdenes del Jefe Supremo. EL SUPREMO, el nuevo López, que se había instalado en Veracruz.

Consta, pues, con una evidencia concluyente y continua, que el autor de todas y cada una de las operaciones del bilimbique no es otro que el señor

Carranza. Asimismo, es evidente que las incautaciones de los bancos y la disposición de los fondos que allí se encontraron, son obra directa y exclusiva del señor Carranza. La teoría misma del bilimbi que, es de la cosecha del señor Carranza, no precisamente de su invención, pero sí de su adaptación, del medio guatemalteco al medio mexicano contemporáneo.

El papel moneda, ese azote de los gobiernos latino-americanos, ya había sido desterrado entre nosotros, ya era un resabio que sólo subsistía en las más atrasadas de nuestras repúblicas del sur.

De Guatemala tomó Carranza la idea del bilimbi que, como de Guatemala ha tomado casi todos los rasgos fundamentales de su política: la confiscación de los bienes de sus enemigos personales; el reparto de las aduanas entre los favoritos; la fijación de los derechos "ad libitum"; los permisos de importación libre, como los que circularon en Laredo y Veracruz; entre otros, uno expedido a favor de cierta actriz jamona y ex-bella.

Todas las exacciones, todas las gabelas del carrancismo, son otras tantas páginas negras de nuestra historia pretérita, que Carranza ha hecho resucitar; otras tantas calcas de los métodos arbitrarios y corrompidos que rigen en nuestra infortunada hermana, la república vecina de Guatemala.

Sin embargo, en materia de finanzas, Carranza se ha mostrado más expedito que su maestro Estrada Cabrera, pues mientras éste deja que las emisiones de papel moneda se acumulen hasta formar montañas, Carranza, en cambio, las declara nulas y las recoge y las quema, con perfecto cinismo.

La teoría de que se puede hacer circular papel moneda, sin garantía metálica, la teoría de que el gobierno puede desconocer su propia promesa de pago y su propia firma, son teorías exclusiva y genuinamente carrancistas, y forman parte de esa doctrina de Carranza que todavía no nos es bien conocida en todo su alcance.

De todas maneras y aun cuando el carrancismo tuviese algo bueno—hipótesis inconcebible—, no debemos olvidar que de todo lo que constituye el carrancismo, desde la gramática de Berlanga hasta las “tanteadas” de Cabrera, el verdadero autor y responsable único es Carranza.

Porque Carranza, en su vanidad infinita y con su lentitud de topo, revisa desde los puntos y comas de un oficio, hasta los antecedentes políticos del portero de cada oficina.

Si el carrancismo es bueno—suposición de marihuano—, el mérito es de Carranza.

Si el carrancismo es malo—verdad de Perogrullo,—entonces la culpa es de Carranza.

Todo lo cual, por supuesto, no basta para absolver a Cabrera.

Cabrera es enormemente culpable, aunque en el fondo de su juicio no apruebe los chanchullos del bilimbique, y aunque tal vez se estremezca de las ejecuciones que su jefe ordena, por encima de los mandatos de la Suprema Corte.

La responsabilidad de Cabrera consiste en haberse prestado a servir de instrumento para una política que su inteligencia debe calificar de absurda, y que su corazón, por malo que sea, debe contemplar con horror.

Enajenar nuestra personalidad a un hombre o a un ideal reconocidamente inferiores es el mayor de los crímenes. Crimen contra nosotros mismos y contra los intereses más altos de la humanidad. Quien tal hace no sólo se constituye en cómplice y coautor de su amo, sino que a sí mismo se destruye y condena.

Pero lo importante es dejar aclarado, dejar asentado, que siendo Carranza el autor de los bilimbiques, el autor de los saqueos a los bancos, el autor de los atropellos todos, a la libertad y a las instituciones, nada se ganaría con que renunciase Cabrera, como lo piden urgentemente los diarios.

El mal está más alto que Cabrera y no se remedia ni con veinte cambios de ministros.

Lo que verdaderamente urge es un cambio de Presidente.

El proyecto de los llamados "vales Cabrera", por una excepción, no ha sido ideado por Carranza, y así se explica que sea un proyecto honorable y factible, según opinan los técnicos.

Se trata de un canje temporal y voluntario de monedas de oro, por papel de corto valor, que sirve para las transacciones pequeñas y que puede volver a convertirse en oro, a la vista, etc.

La idea es de Martínez Sobral o de algún otro hombre entendido, pero en la ejecución del plan, venía oculto un vicio fundamental que ya ha señalado la prensa capitolina.

El vicio consiste en que una institución dependiente del gobierno es la que ha querido constituirse en depositaria del oro.

Naturalmente, el público, que no puede olvidar la

estafa del bilimbi que, se ha quedado pasmado, como si el que antes nos despojó por la fuerza, de la cartera, después nos dijese: "ahora dame a guardar el poco de oro que te quedó en la bolsa".

Y los periódicos dicen con razón: no es posible que el público tenga confianza en la Secretaría de Hacienda mientras esté en ella Cabrera, que nulificó el bilimbi que.

Pero es necesario agregar: no es posible que exista confianza alguna, mientras esa Secretaría dependa de quien ordenó la nulificación del bilimbi que, aunque de ella salga Cabrera.

En efecto, si se hubiese prescrito que el depósito de garantía de los vales quedara en poder de alguna institución privada honorable, el éxito de los nuevos documentos habría sido indudable.

Lo mismo puede decirse con respecto a todos nuestros problemas financieros, políticos y de todo orden.

México necesita bancos de emisión; sin billetes de Banco no puede vivir un país moderno.

Pero esos bancos no podrán funcionar mientras subsista la amenaza Carranza.

Para restablecer nuestro crédito necesitamos cambiar de Presidente.

Para que el país se pacifique es necesario que el general Carranza, que no pudo mandar batallas, deje de mandar ejecuciones.

Para que nuestro país recobre su prestigio en el extranjero, es menester que el señor Carranza no tenga en el nuevo gobierno, ni voz, ni voto, ni remota alianza...

Lo primero que deben hacer los nuevos gobernan-

tes para aparecer respetables, es proclamar a voz en cuello: "¡NO SOMOS CARRANCISTAS! ¡No tenemos nada que ver con Carranza! ¡No vamos a continuar, ni vamos a copiar, ni a imitar, ni a recordar, los métodos del señor Carranza!"

No queda otra manera de que la república se salve. Y por eso sería de desearse, que en estos instantes de grave crisis, los órganos de la prensa independiente se desentendieran de la personalidad de los Secretarios y amanuenses, que hacen mojiganga de ministros, y concretaran todas sus energías en el desgarramiento, en la destrucción del mal caudillo, que no sólo nos ha llevado al más escandaloso desastre, sino que todavía pretende imponernos un sucesor que prolongue, que perpetúe el reinado del deshonor y del crimen.

No, ningún mexicano honrado puede vacilar un solo instante, ningún patriota debe abstenerse.

El primer domingo de julio nos da la ley ocasión solemne para elegir gobernante.

Depositemos entonces nuestros votos en son de protesta silenciosa pero firme.

Votemos con la resolución de insistir en que los días de mañana sean mejores.

Votemos por la candidatura independiente, por la candidatura de Obregón, afirmando el propósito de defender nuestro voto, de hacer respetar nuestro voto.